

---

# Diotima

Luisa Muraro y Chiara Zamboni

## *Comunidad Diotima*

*Luisa Muraro*

**D**iotima es un fruto avanzado del movimiento político de las mujeres; pertenece en todo y por todo al pensamiento político de los años ochenta. Como ya se señaló en el primer libro de Diotima, existe como antecedente un grupo, llamado Fuente de Hierro, que tomó el nombre de la calle veronesa en la que nos reuníamos, nacido alrededor del *Sottosopra verde, Piú donne che uomini* (1983) (periódico publicado por las feministas de la Librería de las mujeres de Milán), para discutir sobre cómo traducir en fuerza social la fuerza y el saber obtenidos de las relaciones entre mujeres. Que es el discurso con el que se abre el *Sottosopra verde* y que aquí retomaré hablando de libertad femenina, libertad entendida como trascendencia, como abrirse mundo.

Para las mujeres de Diotima no ha sido muy complicado llegar a entender estas cosas. Las han heredado del movimiento de las mujeres. Diotima tiene la frescura, que es el privilegio de las que llegan en segundo o en tercer lugar... Las primeras tienen un peso, una carga de fatigas, de heridas, de complicaciones. Diotima ha heredado el fruto político madurado con los afanes de las que llegaron primero. Cuando nos toca asistir a las peleas por la primacía, piensen la suerte que se tiene de llegar las segundas.

---

\* Este artículo apareció en Diotima *Mettere al mondo il mondo*. La Tartaruga edizioni, Milano 1990. Agradecemos a Luisa Muraro el permiso para reproducirlo.

Hablaremos de la Comunidad Diotima en tres puntos, tres características, dos presentadas por mí y la tercera por Chiara Zamboni.

Primera característica: Diotima es una comunidad femenina no separatista. Con esto quiero decir que trabajamos en el interior de una sociedad de hombres y mujeres, tenemos iniciativas en las que también participan los hombres y en el futuro, probablemente, cada vez más, pero atribuyendo un valor fundamental a las relaciones entre nosotras y con las otras mujeres. Diotima es una comunidad femenina; no admite hombres en su interior, y en las iniciativas mixtas la hegemonía es de las mujeres. Es una elección que nos encuentra en armonía, hecha para absolver una función social.

Al hacer referencias históricas a ejemplos del presente y del pasado, como ciertos cultos femeninos en las sociedades precristianas o las órdenes y los monasterios femeninos en la era cristiana, afirmo que la sociedad en su conjunto tiene necesidad de momentos de homosexualidad femenina no sólo de pareja sino también, sobre todo desde mi punto de vista, de comunidad. Son necesarios, si una mujer es creyente, para llegar libremente hacia el verdadero dios y para no terminar adorando al dios hombre o al dios del hombre. Si una no es creyente, para que la búsqueda de la verdad no se reduzca a la búsqueda de la coincidencia con la verdad del otro. Son necesarios en general, a fin de que exista reconocimiento social y valoración de las genealogías femeninas. También la familia es un lugar importante, en ciertos aspectos el más importante, de institución y valoración de las genealogías femeninas, con la relación madre-hija. Pero es un lugar donde un sexo se une al otro, donde una mujer y un hombre se juntan, la mayoría de las veces trayendo al mundo hijas o hijos, a los últimos de los cuales la madre dará una parte de su atención, y todo esto conlleva varios compromisos, inevitablemente. En las comunidades femeninas, en cambio, la grandeza de la madre simbólica puede afirmarse en estado puro. En ellas da frutos de inteligencia, de libertad, de bienestar, de placer, de júbilo. Y cuando estas cosas faltan, existe la prueba del cansancio, de la paciencia, de la tenacidad, que vuelve asimismo en honor de la madre simbólica. Estas comunidades son por tanto esenciales, ya sea para las mujeres que no tienen familia como para las que la tienen.

Diotima es una comunidad de este tipo. No es un grupo feminista, no es un grupo político. Es una estructura de la sociedad, una estructura social normal —se entiende: de una sociedad en la cual tiene lugar la

libertad femenina—, provista de definitividad. Lo que no quiere decir, obviamente, de inmodificabilidad.

Como para el discurso sobre las genealogías femeninas hice referencia al pensamiento de Luce Irigaray, lo mismo vale para el discurso sobre las comunidades femeninas. Pienso especialmente en una crítica suya de la traducción francesa de Elizabeth Schüssler Fiorenza, "In Memory of Her" (En memoria de ella), crítica aparecida en *Critique* de mayo de 1987: *Egales à qui?*, donde en cierto momento Irigaray defiende, contra la autora del libro, las "comunidades fraternales" de Mary Daly, como un posible camino de verdad y de libertad, que nuestra sociedad vuelve necesarias, por ser todavía una sociedad del entre-hombres, del entre sí masculino. Además, escribe, tenemos todo por descubrir o redescubrir de la religión entre mujeres. Los tiempos de vida no mezclada con los hombres son por lo tanto necesarios, concluye. Sin embargo, existe una divergencia entre Irigaray y yo que debo señalar. Mientras que yo considero a las comunidades femeninas como una estructura social definitiva, me parece que Irigaray les atribuye una necesidad contingente, en función de una sociedad y de una cultura por cambiar.

Me interesa aquí detenerme sobre otro punto, tocado levemente las más de las veces, y es la primacía de la referencia a la otra mujer. Más precisamente: al otro-mujer, para decir que para una mujer, en la estructura de la otredad constitutiva de la subjetividad, el lugar del Otro se asigna sólo secundariamente al otro-hombre, so pena de la pérdida de sí. Es un tema que requeriría una mayor atención. Lo he invocado únicamente para explicar que la homosexualidad de Diotima es simbólica y como tal no excluye ni incluye una homosexualidad literal. Mi idea es que la diversidad en los comportamientos reales, como todas las diferencias que nos distinguen, puede convivir de manera no insulsa, no de mera tolerancia, si nosotras la entendemos bajo la primacía de la referencia a la otra mujer. O sea, dentro del horizonte de la diferencia sexual.

También en estas afirmaciones, por su mismo significado, lo esencial se juega en el plano de las consecuencias prácticas. La primacía de la referencia a la otra, con las distintas maneras de expresarlo (las mujeres con las mujeres pueden, desde las mujeres la fuerza de las mujeres, etcétera), tiene un significado definido sólo si consideramos, además de la enunciación, el peso concreto que tiene ésta en la vida de cada una y en sus relaciones con las otras.

Angela Putino escribió en "Donna guerriera" (DWF, núm. 7), que no es fácil para la diferencia crearse espacios. Es cierto. El espacio se abre,

diría Angela, a golpes de espada. Haciendo el vacío, digo yo retomando una expresión de Lia Cigarini. Hay violencia en estas expresiones, yo no sé si es posible evitarla. Es necesario abrirse camino, hacer el vacío, con violencia si es necesario, de otra manera está la intromisión del dios falso, de la voluntad, de los deseos y de los saberes del otro sexo que nos llena de sí y nos paraliza. La homosexualidad femenina en el sentido simbólico que he intentado explicar, un sentido que no prejuzga, repito, los comportamientos sexuales reales, si se practica efectivamente en la propia vida cotidiana, nos abre el camino a través de los lenguajes, las culturas, las historias, los proyectos y todo aquello con lo que el hombre trata de llenarnos de sí.

A menudo nos toca descubrir lo pobres que somos. No importa. Nada esencial, por lo que toca a nuestra libertad y a nuestra búsqueda de la verdad, va comprometido en nuestro ser pobres. No tenemos gran cosa que mostrar, es verdad, mientras que la historia de los hombres está llena de grandes filósofos, grandes interrogantes, grandes ideas, pero no importa. Lo importante es que no nos dejemos invadir. El sentido de la homosexualidad como yo lo entiendo, es en mucho este abrirse camino, hacer el vacío sin el cual no existe búsqueda auténtica.

Segunda característica: Diotima es contraria al pluralismo, no es pluralista. Esto quiere decir que nosotras no tomamos por buena cualquier posición. Aceptamos la pluralidad de posiciones que emergen entre nosotras y la consideramos rica justamente porque nos problematiza obligándonos a profundizar nuestro pensamiento y a trabajar sobre nuestras relaciones. El pluralismo es necesario dentro de las estructuras totalizantes, como el Estado. Pero en una realidad parcial, de la que se nos puede separar y que por tanto tiene otra cosa y sabe que tiene otra cosa fuera de sí, el pluralismo no es necesario y, en consecuencia, puede significar solamente que se prefiere el simple estar juntas por una razón válida, con un proyecto compartido, con la tensión de una búsqueda que involucre a todas y cada una. La práctica del pluralismo, desgraciadamente, todavía difundida en muchos espacios de nuestra política, en ciertos lugares se usa más o menos conscientemente como un instrumento para nivelar, para impedir el surgimiento de ciertas posiciones, o sea, como un auténtico instrumento de la envidia.

Falta todavía una práctica de la parcialidad. Esto es, de la pluralidad, del conflicto, del desafío, de la soledad, del nomadismo. Pero acá y allá comienza a plantearse, por ejemplo en el texto de Franca Gianoni en el *Sottosopra oro*, "Alejarse voluntariamente", y en los escritos de Angela Putino.

Para Diotima, ¿qué quiere decir en la práctica aceptar la pluralidad y rechazar el pluralismo? Quiere decir principalmente dos cosas. Que cuando existe el contraste y el contraste se refiere a cuestiones de fondo, todas sabemos que es necesario emplear una enorme delicadeza y, al mismo tiempo, volver a meterse en el trabajo ya sea del pensamiento o de la política. Pero quiere decir también otra cosa, y esto es que no tomamos en cuenta cualquier contraste porque tenemos algunas reglas que dejan fuera toda una serie de posiciones tanto de lo vivido como de lo pensado. Dentro de Diotima no podemos meter de todo. Hay cosas que quedan fuera. Existe una parcialidad aceptada en Diotima. Su búsqueda filosófica tiene como límites aquellos que involuntariamente le imponemos con nuestra limitación humana. Pero Diotima no va de allá para acá así nada más. Tenemos reglas, tenemos límites, justamente porque queremos tener un camino ilimitado. De otro modo, estaríamos girando siempre en redondo.

Las reglas que nos hemos dado constituyen nuestra parcialidad. Ellas pueden cambiar, pero no cambiará nuestro aceptado limitarnos por lo que respecta a lo pensable y a lo experimentable. Sabemos que no podemos abrirnos a cualquier pensamiento y que no tenemos las fuerzas para experimentar cualquier cosa. Estamos convencidas de que con esta autolimitación no perdemos nada esencial en cuanto que queda abierta ilimitadamente la dimensión vertical, la de la profundización y la superación. El pensar en grande y en profundo no es obstaculizado por las elecciones parciales. Más bien, al contrario.

### *Diotima política*

Hablamos de Diotima con objeto de elaborar colectivamente un tipo de política nueva, una política de libertad femenina no coartada en ciertos lugares y tiempos, sino ganada en la realidad social en la que vivimos, que para nosotras es la Universidad de Verona.

Hemos procedido prácticamente, con una concepción de la libertad que conviene explicitar en este punto. No se trata de la concepción tradicional, que llamo libertaria, según la cual uno sería tanto más libre en tanto más derechos y cuanto más medios tiene. De esta concepción viene la política de lucha por el reconocimiento de derechos y por mejorar el nivel de vida. La manifestación nacional del año pasado por la defensa de la ley "194" es un ejemplo de este tipo de política.

Hemos hecho política con una idea de la libertad como trascendencia —la palabra, en el significado que le doy, viene de Carla Lonzi. La idea de la libertad-trascendencia viene de hecho de la política de las mujeres. Parte de la constatación de que derechos y medios no dan libertad femenina. Esta se da cuando una se conoce internamente y se da a conocer en el mundo, se realiza en la fidelidad a su ser mujer. El orden de las cosas se altera: en la primera concepción, la libertad viene de los derechos y de los medios; nosotras afirmamos en cambio que solamente la libertad permite gozar de los derechos y de los medios materiales. La palabra trascendencia no indica un más allá respecto del mundo, sino el movimiento de traducción de sí desde la intimidad inexpresable, a la existencia en el mundo. Como un abrirse mundo del sujeto femenino. También aquí, el orden de las cosas se invierte. En la primera concepción, es necesario cambiar la realidad para que haya libertad; nosotras en cambio decimos que la capacidad de cambiar las cosas viene de la libertad, es un fruto de la libertad. Lo decimos, como todo lo demás, sobre la base de la experiencia. La universidad cambia, nuestra condición dentro de la universidad cambia, al tiempo que nosotras nos volvemos más libres, capaces por tanto de conocer y afirmar lo que queremos, con las mediaciones necesarias. Las mediaciones fundamentales, aquellas sobre cosas esenciales, deben ser femeninas, porque lo que queremos ganar es un mundo para nosotras y nuestras iguales. O bien, dirigiendo la cuestión hacia la interioridad, es el significado independiente del ser mujer.

La libertad misma se origina en la mediación femenina. Como dije, esta concepción de la libertad está ya presente en la política de las mujeres desde sus inicios. Es verdad que ésta, en mucho, obedeció a los viejos esquemas, pero no completamente. Y, como para la libertad, conviene ya que pongamos en palabras la nueva concepción del hacer política. Yo señalo solamente una característica, que se refiere al esquema temporal. El esquema temporal clásico, que hace del presente el momento del pasaje del futuro al pasado, ya no vale, por el mismo hecho de que la libertad (la cosa esencial) no es el resultado, la promesa, el futuro, sino que es presente. Lo esencial se juega en el presente, aquí y ahora, con efectos, se entiende, que toman tiempo. Pero del significado que damos al presente, esto adquiere un valor por sí mismo y, si es válido decirlo así, se aumenta a expensas del pasado y del futuro.

El trabajo de cambiar una concepción dada (por ejemplo: de la libertad, del tiempo, de la política), sirve para hacer un modelo más exacto de

la realidad. Con un modelo más justo, nos moveremos mejor. Más libremente.

En el modelo pongo también algunos obstáculos de la libertad femenina. Chiara Zamboni dijo que “nos hemos sustraído a la automoderación”. Es verdad, pero ello no excluye que seamos en cambio heteromoderadas: que sufrimos poderes e imposiciones de naturaleza diversa, con repercusiones internas de intimidación y a veces incluso de miedo. Es una cosa natural y como tal la consideramos, pero es necesario ser conscientes; de otro modo, eso que era heteromoderación, se convierte en automoderación. Frente a condicionamientos o poderes que no tenemos la fuerza de vencer o la astucia de eludir, bajamos la cabeza, que es un modo de estar en la realidad sin olvidar el deseo propio. Angela Putino, reflexionando sobre la mujer guerrera, dijo: “estar en contra tiene que ver con la irreductibilidad”, que no es lo mismo que lanzarse en contra.

Mantener la línea de lo irreductible, en otras palabras, hacer que la heteromoderación siga siendo tal, que no se convierta nunca en automoderación, no es siempre fácil. Yo, por ejemplo, sé de mí misma que temo el conflicto con el poder, sobre todo porque temo desencadenar mi resentimiento. Hay un defecto de independencia. Me refiero a la independencia simbólica de la que habla el *Sottosopra oro*: nuestras vidas han adquirido un sentido independiente, y que lo considero fundamental —una mujer puede incluso hacerse mantener por un hombre y seguir siendo o volverse libre. La valoración de esta independencia de naturaleza simbólica vendrá con la valoración de la mediación femenina, que es todavía endeble. Desde este punto de vista, en Diotima cada mujer tiene posiciones muy variadas (y se puede ver a partir de los comportamientos prácticos), pero en las ideas estamos todas de acuerdo, y esto ya es algo.

La valoración de la mediación femenina volverá eficaz lo que sabemos con certeza, y esto es que la libertad femenina está en manos de las mujeres y que ningún hombre tiene tanto poder como para suprimirla.

Otro obstáculo, que sin embargo yo encuentro más en el movimiento de las mujeres que en Diotima, es el subjetivismo. Es la dificultad para hacer cuentas con el mundo, más que justificada por ciertos aspectos que no tengo que mencionar porque los sabemos. Pero que no se justifica hasta sus últimas consecuencias. El problema se agrava en los lugares separados, porque éstos, por su naturaleza, corren el peligro de convertirse en una copia de la interioridad femenina que cancela el mundo,

como si no existiera. Existen intensidades emotivas en ciertos momentos de la política separada en los cuales me dejo involucrar, no logro ya mantener la compostura, la sobriedad, dejo salir a flote un *pathos* femenino que después no llega a ninguna parte. Existe un desenfreno emotivo que cambia un pedazo de mundo en un teatro de la intimidad, y es una cosa que sucede de la manera más casual. Esto es un impedimento a la libertad-trascendencia que señalaba antes, un auténtico obstáculo a la conformación de las relaciones entre mujeres, este relacionarse con las otras de manera emotiva, con un placer interno que destruye la necesidad misma de tener una medida de sí.

Siempre en relación con el tema de lo que obstaculiza la libertad femenina, señalo la ausencia de consecuencias, la que para mí es incluso más que un obstáculo; es el colapso de la libertad, es la declinación de la existencia ganada. Las consecuencias no tienen que ser necesariamente grandiosas; podrán ser medianas, pequeñas, pero que existan. Cuando una cosa determinada no hace surgir nada, cuando una afirmación no se refleja en las cosas, el resultado es la inexistencia. No es una cuestión de incoherencia, no es éste el punto, sino una cuestión de ineficacia.

### *Comunidad Diotima*

Chiara Zamboni

En la comunidad Diotima, algunas mujeres son internas de la universidad, otras externas y algunas maestras. Lo que nos hace una comunidad y nos une es el amor por la filosofía y al mismo tiempo, la fidelidad a nosotras mismas.

Para hacer comprender cómo se ha dado el trabajo filosófico de Diotima, me detengo en dos puntos que tienen que ver con el pensamiento de la diferencia sexual. Por un lado, la diferencia sexual es realidad histórica, o bien es signo de la condición femenina en su materialidad. Y se trata de una materialidad no pensada. Por otro lado, la diferencia sexual es un saber subjetivo propio de las mujeres.

Sobre estos dos puntos hemos trabajado filosóficamente. Por un lado, porque la diferencia sexual como nosotras la pensamos se convierte en pensada y pensante; por otro lado, para mostrar siempre, y por lo tanto, que es un pensamiento pensado por las mujeres.

Para describir cómo funciona esta comunidad filosófica de la que formamos parte, quisiera hacerlo con una mirada retrospectiva: es una

comunidad que tiene, en este momento, cinco años de historia; y si pienso en cómo nos manejamos al principio y en lo que somos ahora, debo reconocer que la cantidad de cosas que actualmente caracterizan nuestra práctica no podían preverse y, por lo tanto, de hecho no fueron previstas exactamente en los términos de la situación que estamos viviendo.

El hecho es que en estos años no nos movimos según un proyecto preciso, que nos dijera hacia dónde íbamos, y cuáles serían las etapas intermedias para llegar hasta allí. Sabíamos qué era lo que nos hacía ser una comunidad —la pasión por la filosofía y el deseo de fidelidad a nosotras mismas— y hemos actuado según modalidades que han resultado ser distintas de las de un proyecto. Son estas modalidades las que quisiera describir.

Cierto, hace cinco años logramos esa primera hazaña, simple y de ruptura al mismo tiempo, de elegir unirnos nosotras, que teníamos trabajos distintos, pero nos vinculaba la pasión por la filosofía. No solamente eso: habíamos pensado en la universidad y en el instituto de filosofía como en los lugares de encuentro, en los cuales la filosofía es una disciplina académica. Pero no sabíamos más que esto. Tan es así que una de nosotras empleó, para describir la situación en la que nos encontrábamos, esta expresión: “chocábamos contra muros blancos altísimos”. Estos “muros blancos altísimos” dan bien la idea de cómo nuestra conducta no era dictada por perspectivas claras, sino por la necesidad. Y en el interior de tal “necesidad” anduvimos por un buen tiempo “en el vacío”.

Estábamos por lo tanto conscientes de que el acto realizado era de naturaleza política. Por dos tipos de motivos. Tanto porque el origen de algunas reflexiones, que nos habían conducido hasta allí, pertenecía ya al saber del movimiento político de las mujeres; como porque el situarse con lucidez y en esa forma en el interior de la institución, era por sí mismo un acto político.

Sin embargo, frente a este moverse en el vacío, se realizaron después acciones y hazañas posteriores. Lo que quisiera describir ahora parte de esta pregunta: si el proyecto no tiene continuidad, ¿qué otras modalidades ha seguido esta acción?

Nos hemos movido en dos niveles: el nivel del “extremo realismo” —una expresión de Luisa Muraro que intentaré explicar más adelante—, y el nivel del “pensar en grande”. Hemos seguido ambos simultáneamente.

Por nivel del “extremo realismo” entiendo el hecho de que tenemos siempre en cuenta la realidad en que nos encontramos: la Universidad de Verona, es decir, una pequeña universidad en una ciudad media del Véneto. Estamos en el interior de la facultad de Magisterio, una facultad con una presencia dominante de estudiantes mujeres, y con unas reglas académicas particulares. Pocas de nosotras somos catedráticas.

Por nivel del “pensar en grande”, entiendo el hecho del considerar siempre hasta el final tanto el lugar en el que estamos, como lo que deseamos ser en él y, también, qué queremos de la filosofía si somos fieles a nosotras mismas.

El pensar en grande ayuda a salir de las formas de automoderación. Quien se modera es quien actúa según la lógica de la realidad en la cual se encuentra inserta. Es quien, aun tratando de transformar la realidad, para hacerlo se adecua a la lógica de la situación en la que se encuentra.

Tener en cuenta la realidad en el interior de la que nos encontramos insertas, pero no ubicarnos en su punto de vista, es el efecto del pensar en grande, que destruye la automoderación, en conjunto con el nivel del extremo realismo.

Lo que estoy diciendo respecto del camino recorrido por Diotima en estos años es el fruto de un saber, que actualmente estamos elaborando. A posteriori. Es decir, en concreto, nos hemos manejado sin esta conciencia, que estamos adquiriendo por medio de la reflexión.

Se puede preguntar cómo es posible que, estando tan atentas a las estructuras interactuantes en que nos movemos, no nos hemos confundido con la gestión de la realidad dada. Puede haber una respuesta en el pensar en grande, en el no adecuarse a los límites pensados por las estructuras institucionales. Una segunda respuesta: nos ha preservado de ello el hecho de que nuestra acción es y está inscrita en el orden simbólico femenino. La fuente de nuestro pensamiento es este orden, que se encarna en las relaciones entre nosotras y no en el orden patriarcal que regula las instituciones.

Quisiera en este punto poner un ejemplo de lo que he señalado, y mostrar cómo en la práctica nos hemos movido en una sola dirección. Me refiero al seminario que en Diotima realizamos cada año desde hace algún tiempo, y sobre el que nos preparamos buena parte del año.

Sigo en primer lugar el nivel del pensar en grande, tratando de explicar cómo nació la idea del seminario.

Por años habíamos trabajado sobre la ciencia de la diferencia sexual en el interior de nuestra comunidad de investigación. Nuestra visibilidad en la universidad era mínima, en el sentido de que se delegaba a las docentes que en sus cursos habían diseñado la didáctica en relación con nuestro horizonte, pero nada más. Pensamos que había llegado el momento de que esta ciencia se hiciera visible en la universidad, en particular para las estudiantes.

Ello permitía, además, a cada una de las maestras, en su relación individual con las estudiantes, indicar el origen de la fuerza y de la autoridad del discurso propio. Mostrar que no estamos solas, sino que tenemos un contexto y una inscripción en un lugar simbólico.

Sin embargo —y con ello paso al nivel del extremo realismo— debíamos tener en cuenta los vínculos y las normas de la facultad. El mayor problema era que la facultad no observa una didáctica de grupo, y la acepta sólo si se apoya en un curso institucional. Aparentemente esto no constituía un problema: algunas de nosotras tenemos cursos institucionales y podíamos apoyarnos en ellos. Pero esta forma desmerecía lo que intentábamos presentar, es decir, el hecho de que era la comunidad Diotima la que se comprometía como docente. Es claro que si apoyábamos nuestro seminario en una cátedra, eso se hubiera visto sólo como un apéndice de un curso. De inmediato rechazamos este camino y buscamos otros. Sin embargo, téngase claro, si no lo hubiéramos encontrado, lo habríamos aceptado entonces en buena conciencia.

Comenzamos a fijarnos en lo que aún ofrecían las instituciones. Es necesario saber que la facultad de Magisterio de Verona se ha dado un reglamento particular desde hace años, que obliga a hombres y mujeres estudiantes a seguir tres seminarios, además de los exámenes, para poder graduarse. Pensamos que la visibilidad pública de Diotima podría haber encontrado su propia realización en la forma de un seminario de este tipo.

También hay aquí un obstáculo: al estar desvinculado de un curso particular, debe estar respaldado por la firma de un catedrático, que actúa como aval. Frente a este hecho, que para nosotras habría constituido un límite a nuestra idea de seminario autónomo, hemos pensado y después planteado en consejo de curso de doctorado y de facultad, una innovación institucional: el consejo mismo y no cualquier docente individual debía actuar como aval de este seminario. Esto estaba bien, porque así la comunidad Diotima se presentaba en su complejidad de enseñante.

Los detalles que estoy proporcionando pueden parecer nimiedades. En realidad muestran en qué sentido, en el momento de moverse en el nivel del extremo realismo, hemos permanecido siempre fieles a nuestro pensar en grande.

Y esto es lo que me importa subrayar.

Habíamos concebido a Diotima enseñante. En su enseñanza, ella mostraba al mismo tiempo ser fuente de fuerza autónoma femenina y suma de nuestro orden simbólico. Hemos aprovechado el conocimiento que tenemos de las instituciones universitarias, no para seguir su lógica, sino para encontrar visibilidad. Hemos demandado también las transformaciones institucionales, allí donde no había formas que correspondiesen a nuestro pensamiento.

Si lo que nos vincula es el pensar en grande, el realismo da la cualidad de la elasticidad, de la atención a la necesidad del presente y a la fuerza de lo existente.

Me parece que la forma en que procedimos para este seminario surtió también otro efecto. Adquirimos la conciencia de que nuestra fuerza, pasando a través de la institución, termina por medirse también con dos tendencias que conviven en la universidad. Se trata, por un lado, de una línea que ve en la universidad el lugar del poder ligado a un individuo y a una cátedra, en torno a la cual se forman grupos de interés, que tienen en la mira la carrera y la reproducción de este mismo poder. Por el otro lado existe una tendencia a promover en el interior de la universidad la experimentación de la investigación y de la didáctica. Entendimos que esta línea no obstaculiza nuestra investigación filosófica y la fidelidad a nosotras mismas.

Si hasta entonces nos habíamos sentido siempre extrañas a todo acontecimiento académico, desde aquel momento tuvimos la medida de cómo movernos. Y, por ejemplo, hicimos abiertamente una campaña a favor de la elección de un presidente, que sabíamos que nos habría apoyado en nuestras iniciativas.

Para hablar de la comunidad Diotima, me refiero al hecho de que ella está organizada según una estructura horizontal y una vertical, como, por otro lado, todo orden simbólico y real en su conjunto.

Por estructura horizontal entiendo el hecho de que todas aquellas que participan en Diotima se encuentran allí porque las une la pasión por la filosofía y la fidelidad a sí mismas. Esto representa para ellas un vínculo muy fuerte.

El eje vertical está representado por el hecho de que todas —en mayor o menor medida, no de manera uniforme, pero todas—, reconocen la autoridad de Luisa Muraro en Diotima. La reconocen por sí mismas y también por las otras.

Esto crea entre ellas un vínculo de tipo distinto del anterior, pero igual de fuerte.

Es a causa de la presencia estructuradora de la autoridad femenina, de la autoridad de Luisa, que la condición vivida por Diotima puede llamarse la de un “orden femenino”. Me refiero aquí a la realidad simbólica y concreta del orden femenino, como ha sido pensada por Santa Teresa de Avila en sus fundaciones conventuales. La analogía entre el orden de Santa Teresa y la comunidad Diotima me es sugerida por el texto de Diana Sartori sobre Santa Teresa, que fue escrito para nuestro trabajo de investigación.

Quisiera partir ahora de otro ángulo para describir la vida de nuestra comunidad.

Retomo a este propósito una reflexión del *Sottosopra oro*, escrito por la Librería de las mujeres de Milán. Me refiero a esos pasajes donde se habla de lo negativo vivido desde la óptica de las mujeres.

En el *Sottosopra oro* se definía ante todo un negativo de origen masculino, vivido por las mujeres en contextos de orden patriarcal. Digamos que Diotima casi no conoce este tipo de negativo. Cuando pienso en ello me refiero a la búsqueda de fusión entre mujeres, a una cierta tendencia a la lamentación, y a ese buscar el enfrentamiento directo con los hombres, movidas simplemente por la necesidad de sentir que existen.

Diotima tiene sobre todo experiencia del negativo femenino —igualmente mencionado en *Sottosopra oro*—, que nace donde existe existencia social de fuerza femenina, en un contexto de genealogía y de orden como el nuestro.

Lo negativo aflora en relación con la figura de la madre poderosa: es justamente por esto que ése es un negativo de absoluto origen femenino.

La autoridad, que es la base de la acción positiva, es al mismo tiempo el momento que desencadena el surgimiento del mal, del negativo. En este caso, lo positivo y lo negativo, el bien y el mal, nacen en relación con la misma fuente y representan las figuras históricas de la ambigüedad del poder materno. Este representa el único bien, como valor, sin embargo provoca en la práctica acciones positivas y negativas.

He notado, y hablo ante todo por mí, que cuando se incluye lo negativo y, se logra darle límites precisos, por tanto se es capaz de “manejarlo”, sucede normalmente esto. Sucede que a la mujer que tiene autoridad no se le atribuye solamente como positivo el hecho de ser fuente de bien, sino que también se reconoce conscientemente que ella es fuente de lo negativo. Un negativo no deseado que, sin embargo, ella desencadena a causa de la misma posición que ella ocupa.

La acción consciente de llevar sobre de ella no sólo el bien sino también el mal y la agresividad, nos libera, si bien parcialmente, de estos sentimientos, que son un absoluto impedimento para el actuar y el pensar. Lo negativo, de hecho, no contribuye a ninguna economía.

De modo que la presencia reconocida de la autoridad femenina calma los sentimientos de envidia y de resentimiento, que su sola presencia en cierto modo había despertado. No es casual que la comunidad “funciona bien” cuando cada una tiene la capacidad de “manejar” estos elementos que son simbólicos y reales al mismo tiempo. Es entonces que se advierte que el grupo se sitúa en el interior de una economía.

Me pregunto: ¿cuáles son las cualidades necesarias en una mujer, para tener una autoridad reconocida y por tanto legitimada por las otras en una comunidad como Diotima? La primera cualidad es la imaginación, porque a cada momento es necesario pensar “en otra parte”, respecto a lo inmediatamente dado, para iluminar en un espacio prospectivo el presente, respondiendo y midiéndose con las situaciones codificadas de vez en cuando por la misma acción. No solamente eso: registrando inmediatamente lo que no es posible superar, siguiendo así la regla de no perder tiempo frente a restricciones que no son eludibles.

Es éste otro modo de decir lo que ya he señalado: la necesidad de pensar en grande y al mismo tiempo ser extremadamente realistas.

La segunda cualidad es la de la generosidad. El hecho es que este trabajo presupone al mismo tiempo un continuo mejoramiento de sí, una atención al propio deseo, pero siempre confrontado con los deseos y los recorridos de las otras. Subrayo esto: prestar atención a la vida recorrida por otra implica también pensar en los modos concretos de su realización: limitar el sentido de omnipotencia, pero al mismo tiempo estimularla al apuntar siempre hacia lo alto en la realización de sí. En fin, saber medir el sentido de automoderación.

Quisiera retomar el tema de la política de Diotima en relación con el hecho de que la nuestra, como toda política, requiere de fuerza eficaz.

Nosotras expresamos una fuerza y ésta es la causa principal de los cambios realizados: dentro de la universidad, las relaciones de fuerza entre los dos sexos no son ya las mismas de hace algunos años, y que aún existen en muchas universidades y en otros lugares sociales. Ha disminuido drásticamente el número de mujeres que se ponen al servicio de los hombres, para realizar su deseo de tener presencia en la cultura. Este es uno de los cambios que está bajo los ojos de todos y de todas.

Esta transformación, es importante subrayarlo, se realizó directamente y no mediante la institución académica: existen cambios (como este de pasar de la subordinación a la autonomía) que, por su misma naturaleza, es necesario realizar haciendo referencia al sentido de la propia búsqueda y sin delegar nada a las reglas colectivas de la universidad.

Entonces, ¿que relación hemos tenido con las instituciones?

No demandamos espacios pensando poder encontrar en ellos la garantía de nuestra existencia y de nuestra continuidad. Tratamos en cambio de mostrar también en el interior de la universidad, dónde estamos, nuestro compromiso de búsqueda y de didáctica, y la fuerza simbólica que sostiene este compromiso. Pero no hemos pensado, en ningún momento, que el hecho de haber institucionalizado algo podía ser garantía total de transmisibilidad y continuidad de nuestra práctica política y de nuestro pensamiento.

Las formas institucionales pueden deteriorarse o desfigurarse o vaciarse. Y no sólo eso: la universidad pertenece a la historia de los hombres y no a la nuestra. Nuestro proceder se confía, por tanto, al deseo vivo de mujeres, que se mueven concretamente en la relación entre ellas en el interior de la universidad.

Me pregunto qué es lo que fascina en una institución. Es el hecho de que representa una forma simbólica reconocida y por ello legitimada. Se podría decir también que es el aspecto metafórico del contexto social en el que nos movemos. Una estructura capaz de durar también en ausencia del contexto material del que históricamente ha tomado forma. Esto es en el fondo lo que más seduce en una institución: el hecho de que ella pasa a través de las generaciones y garantiza una continuidad histórica.

Diotima existe en el interior de la universidad, forma parte de ella. Por tanto participa en una institución. En este caso se trata, sin embargo, de dos realidades no homogéneas entre ellas, puesto que la universidad es una institución de la historia de los hombres y no pertenece por tanto

a la historia de las mujeres. Por otro lado, Diotima no se deja convertir en homogénea, gracias a la primacía que tiene para nosotras la referencia a la voluntad y al pensamiento femeninos.

Diotima existe por tanto como lugar de encuentro entre lo que somos, queremos, y la realidad institucional en la que nos ubicamos. Este encuentro puede resultar reforzante o debilitante. Y se juega en tres frentes: entre nosotras, por una parte y, por la otra, la institución auténtica (el pensamiento arraigado de los hombres) y lo que los hombres (y a veces las mujeres) allí presentes son y quieren ser.

En este sentido, por lo que se refiere a la presencia de docentes en la facultad que no pertenecen a Diotima, se puede preguntar cuál es su conducta en las discusiones de nuestra comunidad. Se trata de una actitud de atención, pero muy diversificada.

Se puede distinguir a grandes rasgos entre las docentes "emancipadas" y las docentes de formación católica. La conducta de las primeras se divide entre una "fachada" pública de indiferencia y una "fachada" privada de simpatía, de participación en nuestros seminarios, o de rechazo sordo y subterráneo.

La conducta de las docentes de formación católica no se divide en pública y privada. La experiencia de Diotima no las pone en contradicción respecto de sus elecciones, que han sido siempre por una valoración de su ser mujer contra la tendencia a la emancipación, siguiendo en esto las enseñanzas de la Iglesia. No tienen una conducta de rechazo, y además permanecen en la superficie de lo que proponemos.

Ninguna, me parece, ha cambiado los contenidos o módulos de enseñanza, salvo excepciones esporádicas.

En general no tienen una posición pública en nuestras discusiones, ni para bien ni para mal. En este sentido, la situación es abierta, fluida.

Existe entre las mujeres de Diotima un pacto que ha funcionado por cierto tiempo implícitamente, y del que hemos tomado conciencia poniéndolo en palabras. Dice: cualquier posición que una de nosotras tome dentro de la universidad, está bien si se ha anunciado antes y ha sido acordada con las otras. Y la comunidad no impone posiciones que estén por encima de las fuerzas ni contrarias a los deseos de cada una.

Este pacto es la garantía práctica y eficaz para evitar la homologación. Permite mediar también las situaciones de necesidad en el momento insuperable y cambia el sentido de nuestra acción, que es de consenso con una voluntad femenina, aun cuando el poder masculino es superior.

No es un juego de la imaginación: la experiencia muestra que es una operación simbólica eficaz.

Sirve además para remplazar el vínculo de la identificación recíproca, que tiene límites en los hechos, por ejemplo, en que no tenemos todas los mismos intereses ni el mismo valor o la misma seguridad social, etcétera.

Este pacto se nos ha impuesto casi por fuerza propia (sin una convención), quizá porque responde a la primacía de la referencia al pensamiento femenino, que es la primerísima (y jamás abandonada) elección de Diotima.

Diotima es una presencia arraigada tanto en la universidad como en el contexto social en el que nos movemos.

Se puede hacer referencia a los fondos de financiamiento otorgados por el Ministerio y distribuidos por una comisión de facultad. Algunas de nosotras además participamos en investigaciones interuniversitarias, que reciben otros financiamientos, y que participan no a simple título personal, sino en cuanto pertenecientes a Diotima. Nosotras estamos comprometidas con la investigación. Queremos el dinero para financiarla. Para materiales, participaciones en congresos, y para organizar encuentros que den a conocer el pensamiento y el saber femeninos.

Diotima está arraigada en el contexto social. Ante todo con Verona y con las mujeres que trabajan en ella. Una parte de nosotras de hecho tuvo por muchos años los seminarios para el Hilo de Ariadna, que en Verona es un centro que al principio se manejó teniendo como modelo el centro Virginia Woolf. Otras trabajan en el grupo de las maestras, el grupo de pedagogía de la diferencia sexual. Otras tienen una relación muy estrecha con mujeres del Partido Comunista e intervienen en su revista. Para todas, en fin, siempre es constante el vínculo con el movimiento de las mujeres, del que nosotras mismas sentimos que formamos parte.

No siempre ha sido así. Por algunos años, Diotima concentró toda su actividad en la investigación colectiva. Hoy la investigación colectiva, que es prioritaria, es actualmente, a mi juicio, la más rica de estas experiencias múltiples, que retornan explícitamente o en forma indirecta en el trabajo de Diotima.

Quisiera detenerme en un último punto, que explica posteriormente el sentido de nuestra presencia en el interior de la universidad.

Se trata de Diotima en su ropaje de maestra, que es escuchada y quiere hacerse escuchar por las estudiantes.

Se da una particular situación problemática, no del todo feliz.

Si yo fuese una estudiante que este año se inscribiese a magisterio y siguiera un principio de elección entre cursos y seminarios, sustrayéndome a rutas ya confeccionadas por la facultad (lo que es posible al menos dentro de ciertos límites) tendría una ventaja notable de cursos por seguir. Ante todo el seminario de todas las docentes de Diotima, del que ya he hablado, después un seminario sobre Edith Stein, uno sobre Simone Weil, un cuarto sobre conceptos clásicos de la filosofía vistos a la luz del saber de la diferencia sexual. Un quinto constituido por la relectura en este horizonte del tema del "otro". Uno sobre Irigaray y uno de pedagogía de la diferencia sexual. Este excursus da la idea de una presencia didáctica muy rica.

Pero aquí se presenta un problema. De hecho, ya lo he señalado: si yo fuese una estudiante, haría estas elecciones. El hecho es que tengo conciencia del orden simbólico femenino. Por el contrario, no está escrito que una estudiante, no obstante esta riqueza de cursos y seminarios, realice la misma elección.

En el interior de la facultad nosotras representamos para las estudiantes un camino visible de amor por el pensamiento y de fidelidad a sí mismas. Camino que se inscribe en el orden femenino.

Sucede que las estudiantes, después de una curiosidad inicial, por la cual siguen nuestros cursos, porque han escuchado hablar de nosotras y quieren conocernos, sabiendo que lo que decimos les concierne, se ven obligadas a elegir. O están con el orden patriarcal y la mediación masculina para acceder al ámbito de la cultura y de sus significados, o bien están con el orden femenino en fidelidad al propio sexo.

A mí me parece que, puestas de frente a esta drástica disyuntiva, pocas estudiantes eligen verdaderamente. La mayoría pospone este acto simbólico. Y si, subjetivamente, tal gesto puede parecer una simple postergación, en realidad, al hacerlo, de hecho permanecen en el orden establecido, el patriarcal.

Nosotras estamos conscientes de esta situación. Por otra parte, no podemos hacer por ellas una decisión que les atañe y que puede ser tomada sólo individualmente.

Podemos solamente mostrar la fuerza y la eficacia del horizonte femenino. Podemos indicar los beneficios de la mediación femenina. Podemos dar a conocer la investigación que estamos realizando y los resultados en términos de conocimientos. Podemos mostrarnos a noso-

tras mismas en nuestro trayecto. No podemos hacer más. Me parece que no es poco.

Sin embargo, no nos retribuye inmediatamente la espera de esta elección.

### *Diotima maestra*

*Luisa Muraro*

Casi no hemos hablado de Diotima maestra porque no tenemos mucha experiencia —Diotima se abrió a la enseñanza hace solamente un año— y porque la que tenemos es contradictoria. Chiara Zamboni indicó una de las contradicciones: frente a la indecisión de muchas estudiantes, nos decimos que es necesario darles tiempo, y además somos de la idea, elaborada teórica y prácticamente, de que el mero transcurrir del tiempo no resuelve nada. Se necesita tiempo para el desarrollo de las consecuencias y de los preparativos, no para hacer la elección, y, por tanto, si las estudiantes dudan, quiere decir que algo se nos escapa. Hay algo que obstruye su elección de libertad y que nosotras no logramos comprender.

Tenemos un problema de visibilidad hacia las mujeres (tanto las jóvenes como las otras) integradas en la institución académica. Nos falta esa consistencia social que da visibilidad, brillo, dignidad a los ojos de las mujeres que juzgan con criterios convencionales. También aquí existe una contradicción, creo que inevitable, en cuanto nosotras buscamos visibilidad, pero en algunas cosas estamos completamente fuera de los criterios convencionales. Piensen solamente en la visibilidad que desde la presencia calificada de los hombres adquieren las mujeres y que es la práctica corriente de aquellas incorporadas en los partidos, en la Iglesia, etcétera.

Nuestra política es de tipo radical pero no quiere ser heroica. Por ello es necesario que seamos realistas, verdaderamente realistas, y esto quiere decir que tengamos en cuenta la realidad determinada sin renegar de nuestros deseos, y viceversa.

Quisiera poner otro ejemplo de realismo en lo que respecta a la transformación de las instituciones. Cada tanto se ha propuesto la idea de establecer también en Italia los así llamados Women's Studies. Según nosotras, es una propuesta abstracta que no toma en cuenta las diferencias entre los países anglosajones y el nuestro. Quien trabaja en una

universidad italiana goza de gran libertad tanto en la enseñanza como en la investigación científica, especialmente en las facultades humanistas. Además, a todos los niveles de la enseñanza existe la seguridad del puesto de trabajo. El servilismo es necesario para hacer carrera, no otra cosa. Por tanto, si existen fuerzas femeninas para dar contenido a la propuesta de la institución de los Women's Studies, no es necesario que la esperen, bastará con que se unan y se organicen desde ahora promoviendo cursos, seminarios, abriendo nuevas secciones en las bibliotecas, etcétera. Que es exactamente lo que ha hecho Diotima en la Universidad de Verona. Diotima constituye un modelo realista donde una se puede dar cuenta del sentido que doy a este término: poner en juego los deseos y las ganas de realizarlos inventando las formas más apropiadas, contra la abstracción de fijar objetivos futuros cubriendo las posibilidades presentes y no verificando la eficacia de los deseos.

Otro modo de describir el realismo de Diotima, es subrayar que nuestras relaciones son al mismo tiempo fuente de saber y de fuerza. Es una constatación que ustedes habrán hecho a su vez. Las relaciones entre mujeres, si son simbólicamente reforzantes, si no se reducen a la mera solidaridad o a la identificación recíproca, sino que son relaciones mediadoras que permiten la libre afirmación de lo que existía sin palabras en la intimidad de cada una, entonces son al mismo tiempo fuente de fuerza y de saber.

Quisiera explicar este "al mismo tiempo", que significa explicar la prioridad de la práctica también en el trabajo filosófico. Utilizaré lo que escribió Simone Weil al final de su vida, en las así llamadas *Noches de Londres*.

Dice Simone Weil: "La filosofía (incluidos los problemas del conocimiento, etcétera) significa exclusivamente acción y práctica. Por eso es tan difícil escribir sobre ella. Tan difícil como escribir un tratado de tenis o de carreras, pero en medida netamente superior". Después habla de la "facultad, rarísima, de salir de sí"; la llama "supranatural". Después, tomada de una novela irlandesa, cuenta la historia de una muchacha que, después de haber asistido a la ejecución del hermano, vuelve a casa y, por reacción vital, se harta de mermelada de fresas: desde esa vez, y para toda la vida, ya no pudo oír hablar de mermelada de fresas. Y comenta: "Este poder de pasar a través de la materia inerte es propio de los sentimientos reales. Para el ser humano en este mundo, la materia sensible —materia inerte y carne— es el filtro, la criba, el criterio universal de

lo real en el pensamiento; el ámbito entero del pensamiento, sin exceptuar nada. La materia es nuestro juez infalible”.

Nosotras hacemos filosofía con la experiencia femenina. Pero la experiencia femenina tiene algo de ciego e inerte hasta que no se pone a jugar tenis o carreras. Esto es, hasta que no exista política de mujeres, práctica política. La práctica política es la carrera a pie o el juego de tenis. Mientras no comienza este movimiento, la experiencia femenina es como una materia inerte e insensible, que no puede dar origen a un saber. El saber nace junto con la fuerza. Nacen juntos cuando el pensamiento hace que se mueva la materia, en el sentido que se hace materia, así como el sufrimiento de la muchacha se volvió mermelada de fresas, y entonces la materia piensa. La materia es nuestra criba porque si lo que pensamos es verdadero, ya no es sólo pensamiento y pasa a través de la materia inerte y la mueve.

Si queremos la libertad femenina, debemos llegar a ese lugar de lo real en el cual el pensamiento y el no pensamiento se tocan, es más, se cambian entre ellos y son así la misma cosa. Esta es también la definición del trabajo filosófico que encontramos en Clarice Lispector: “La realidad existe como un pensamiento que no se piensa, pero por fatalidad yo me vi y estoy obligada a tener que saber lo que el pensamiento piensa” (*La pasión según G.H.*). Toda *La pasión según G.H.* se lee en esta clave, de un retroceso al lugar que precede la división de materia e idea, y yo digo que este retroceso es indispensable a la libertad femenina en cuanto que ésta no se deduce de la realidad determinada, tanto que deberemos considerarla, en rigor, una irrealidad y una palabra sin sentido. Nosotras sabemos que sólo se puede hacerla suceder.

Me parece ver un signo de la coexistencia natural de fuerza y saber en el hecho de que en Diotima no idealizamos nuestras relaciones, pero tampoco las disminuimos, aunque exista de un lado la tentación y, por reacción, en el momento de la desilusión, el otro. Nos forzamos, en cada caso, a estar dispuestas a ver en nuestras relaciones grandeza divina y bajeza ordinaria y a veces incluso la maldad de la desesperación. El modelo según el cual estamos dispuestas no es tomado de cualquier ideal o utopía. Es un modelo realista donde todo se hace más o menos conforme a la realidad determinada, menos una cosa: el amor y el pensamiento de la libertad —que corresponde, en la historia contada por Simone Weil, al amor de la muchacha por el hermano. Si es real, cambiará la realidad. Diotima es realidad que transforma la realidad. La realidad

continúa transformándose, de suyo. Si cambiara en el sentido de la realidad femenina, querría decir que nuestro amor por la libertad era real.

Agradecemos al Centro Cultural Virginia Woolf de Roma por permitirnos reproducir los textos que conforman este apéndice. Han sido tomados de las lecciones impartidas en el Centro el 15-16 de abril de 1989, en el marco de un ciclo más vasto de encuentros sobre “Qué quiere decir la libertad femenina”. (L.M. y C.Z.)

*Traducción:* **Adriana Guadarrama**